

# PLIEGO

Vida Nueva  
2.965. 21-27  
NOVIEMBRE DE 2015

## A mí me suena el runrún de mi corazón

Sugerencias para  
experimentar  
la Misericordia  
de Dios en el tiempo  
de Adviento

**P. ÁNGEL ALINDADO HERNÁNDEZ, SCJ.**  
Religioso y sacerdote dehoniano (Sacerdotes  
del Sagrado Corazón de Jesús-Padres Reparadores).  
Coordinador de la Delegación de Pastoral Vocacional

**Próximos al tiempo de Adviento –que arranca el 29 de noviembre– y en vísperas del Año de la Misericordia –cuya apertura oficial tendrá lugar el 8 de diciembre–, se nos brinda la oportunidad maravillosa de poner en marcha el corazón y hacer que lata al ritmo del Corazón de Dios hecho niño, hecho carne, Palabra en nuestra palabra. Recorrer ese camino interior nos lleva a preguntarnos por la imagen que tenemos de Dios y cómo se manifiesta en nuestras vidas, pero también nos invita a entender nuestro papel en la vida cotidiana como testigos de la misericordia divina.**

**P**orque, al final, de “runrunes” va la vida. Ortega y Gasset decía que el ser humano es un conjunto de identidad personal, el yo, con todas las circunstancias que lo rodean. Y nuestras circunstancias son, precisamente, eso: runrunes que, en ocasiones, no nos dejan ni dormir. Hay runrunes que afectan a nuestra relación con los otros y condicionan el modo en el que nos movemos socialmente. Runrunes, también, que guardan relación con nuestro trabajo (actual, en proyecto futuro) y las condiciones laborales. Y otros runrunes que se encuentran en la capa más interior de la persona y que son el lenguaje habitual de la partida que juegan los sentimientos, la razón y, para los creyentes, la fe. Conjugar todos estos, y alguno más que seguramente se ha quedado en el tintero de los olvidados pero no menos importantes, es tarea difícil y complicada: abordar la vida, con todos sus matices y dimensiones es un auténtico arte, y nadie, en nuestro día a día, nos aporta las soluciones totales para tejer con nuestras manos el tapiz vital que nos entregan con el primer llanto y aliento. Solo contamos, para ello, con la experiencia de los que, antes que nosotros, lo han hecho, y el testimonio, entregado, lleno de sufrimiento y gozo, de aquellos que han recorrido primero el camino que hoy, nosotros, intentamos.

Lo peor sería, sin embargo, que nuestro corazón no hiciera runrún: que no padeciera (en el significado



**“Donde esté tu tesoro,  
allí estará también tu  
corazón” (Mt 6, 21)**

más amplio del término griego *páthos*), que no sintiera, que no se viera afectado por nada ni por nadie. En este sentido, me gustaría lanzar una pregunta, tal vez un tanto incómoda: ¿no será este el mayor drama al que el hombre puede llegar a someterse? ¿No se tratará de la auténtica epidemia que asola nuestro mundo hoy y que conoce su desembocadura en situaciones de violencia, indiferencia o guerra con, hacia o contra nuestros semejantes? ¿No seremos, como los coprotagonistas de *The Walking Dead*, simples caminantes movidos por los deseos más primarios, incapaces de amar, sentir, soñar?

Decía un buen religioso y sacerdote al que conocí hace ya algunos años, el dehoniano **Ignacio María Belda**, scj., que los hombres de hoy habíamos perdido la capacidad de asombrarnos, que nada o casi nada nos llevaba ya al asombro. Lo decía un hombre que mantuvo en su mirada, hasta el final de sus días, la viveza, astucia y picardía de un jovenzuelo, el brillo y la curiosidad de quien se topa con un paisaje por primera vez. Tal vez, en el fondo, él hablaba precisamente de esto: nuestro corazón se ha acostumbrado tanto a tantas situaciones y circunstancias que ha llegado a ponerse la coraza de la insensibilidad producto de la hartura y el casco de la insensibilidad que viene del miedo a sentirse frágil y vulnerable. Y nuestro corazón ha dejado de hacer runrún. Se ha insensibilizado. Se ha parado. La profecía de **Ezequiel** se hace realidad en nuestro tibio corazón de piedra (cf. Ez 11, 19b) ¿Necesitaremos un nuevo corazón?

El ritmo litúrgico nos propone, un año más, el tiempo de Adviento. Malacostumbrados como estamos, también hemos caído en la insensibilidad litúrgica y cristiana y vivimos este momento como un momento más del año, como quien guarda con la llegada del frío la ropa de verano en el armario a la espera de mejor tiempo y luego en primavera hace el camino inverso: por tradición. Y con esa insensibilidad dejamos pasar de nuevo la oportunidad única y maravillosa de poner en marcha el corazón y hacer que lata al ritmo del Corazón de Dios hecho niño, hecho carne, Palabra en nuestra palabra.



- ¿Por qué no dejarnos llevar, en este Adviento, por el paso que da Dios hacia nosotros?
- ¿Por qué no reeducar nuestra vida para volver a latir con fuerza ante las palabras del que es Palabra, como hacen los novios cuando escuchan la voz del amado o la amada?
- ¿Por qué no emprender, este año, un camino de retorno a Dios, conscientes de que Dios ya está dirigiendo sus pasos hacia nosotros?
- ¿Por qué no poner nuestra vida y nuestro corazón en Él?

“Donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón” (Mt 6, 21). Las palabras que Mateo pone en boca de Jesús alientan, en este punto de la reflexión, el inicio de nuestra peregrinación. Si ponemos el corazón ya en la meta que buscamos, la meta del Dios lleno de Misericordia y entregado completamente a la humanidad, nada podrá pararnos ni cansarnos. Es momento de empezar a contar, redescubrir, darnos cuenta de nuestra propia historia de amor con Él...

### EMPEZAR A CONTAR...

Cuando, como provincia religiosa, tenemos cualquier tipo de actividad, los jóvenes que participan siempre quieren terminar con una canción que, a fuerza de cantarla una y otra vez en los diferentes encuentros de jóvenes, pascuas o caminos de Santiago, ha marcado un momento u otro de su vida. La canción comienza así: “Empezar a contar una historia de amor...”. Y siempre les digo lo mismo: cantarla supone asumir lo que la letra, después de esa introducción tan “romántica”, dice. Y es que la canción, cuyo título es *Testigos* (en el enlace<sup>1</sup> pueden encontrarla fácilmente), habla de la historia del amor permanente de Dios con cada uno de nosotros y cómo somos conscientes de esa historia cuando nos la contamos, recordamos, ponemos por escrito o se la contamos a otro.

Me gusta pensar en el Adviento como un tiempo para *empezar a contar* la que ha sido, es o imaginar cómo será nuestra *historia de amor* con Dios. En el caso de los más jóvenes, su experiencia se reducirá (y no es poco) a unas cuantas actividades pastorales (que hay que situar y orientar para que no queden simplemente en un cúmulo de experiencias más



## ¿Por qué no reeducarnos para volver a latir con fuerza ante las palabras del que es Palabra, como hacen los novios cuando escuchan al amado?

o menos intensas) y un primer acompañamiento personal y sentido de la oración. Para los mayores, estará cargada de momentos, rostros, situaciones vitales que, se tenga la edad que se tenga, hay que recordar y actualizar. Para que no se nos olvide lo vivido. Para no caer en aquello que nos ha hecho tropezar. Para saciar nuestra sed y fortalecer nuestros pasos en los manantiales y bastones que nos han hecho llegar hasta el lugar en el que nos encontramos. Y para mirar al futuro. El Adviento, de este modo, se convierte en tiempo de la *Recordatio*: de actualizar y acoger el Misterio de Cristo en nuestra propia vida, en sus ritmos y situaciones propias. Puede ser, por tanto, un buen momento para animar a aquellos a los que acompañamos o animarnos a nosotros mismos a reservar un espacio para “recontarnos” nuestra propia historia, con la sinceridad que nos merecemos y huyendo del autoengaño que solo nos lleva, de nuevo, al encantador oasis de la apatía y la dureza de corazón<sup>2</sup>. Solo así podremos saber de dónde partimos al inicio de nuestro Adviento, para palpamos los bolsillos y reconocer los recursos con los que contamos para la dura travesía

hacia el Encuentro con Dios. Cuando lo hagamos, seguramente, nos descubriremos más finitos de lo que pensábamos, más pequeños de lo que quisiéramos, más necesitados de lo que hubiéramos imaginado. Así, conscientes de nuestra situación de contingencia y finitud, surgirá o volverá a surgir en nosotros, junto con el reconocimiento de uno mismo, el planteamiento de la pregunta sobre lo infinito, que es la base experiencial origen de todo movimiento religioso e inicio de la búsqueda de una respuesta a nuestras aspiraciones más profundas, enmarcadas en el plan de Dios que alienta y anima ese primer movimiento en nosotros por la acción del Espíritu.

El autor del libro del Apocalipsis alertaba, en la carta a la Iglesia de Éfeso, del peligro de olvidar el amor primero (cf. Ap 2, 4). Al inicio de nuestro Adviento, el ejercicio de la *Recordatio* de la acción de Dios en nuestra vida y de nuestra cercanía o lejanía de Él supone un primer intento de volver a ese amor primero experimentado; o a darnos cuenta de cómo Él, en su grandeza, decidió olvidarse de sí para dejarnos espacio a cada uno de nosotros, pequeños, finitos, necesitados. Seguramente,



### **El Adviento nos abre la pregunta sobre nuestra propia entrega. En Navidad celebraremos el misterio de todo un Dios hecho “casi nada”**

al realizarlo, nos topemos con la dificultad propia del explorador en medio del desierto y la sequedad de muchos momentos, la incómoda arena que dejan otros y el sol abrasador de la propia conciencia del pecado, y el error nos hagan sentir que nuestra vida es más bien mediocre. En ese momento, será bueno recordarnos que, en la propia historia de amor de Dios con Israel, el desierto fue comprendido por muchos como el lugar del noviazgo entre el Señor y su pueblo: “Por eso voy a seducirla; voy a llevarla al desierto y le hablaré al corazón” (Os 2, 16). El Adviento, que en ocasiones nos resultará un camino inhóspito, nos conduce, de este modo inexplicable muchas veces, a la experiencia de la Vida que se da libremente para plenificar la nuestra.

Nuestra historia de amor se tornará en Su historia de Amor: la de todo un Dios volcado radicalmente en el hombre, siempre presente, siempre fiel, grandioso en su pequeñez, todo Corazón, todo misericordia.

#### **“QUERER ES PODER”... Y “NO QUERER”, TAMBIÉN**

Siempre me ha llamado la atención la fuerza que tiene el refranero español. En pocas palabras se condensa toda

una historia y la convicción de que, con el paso de los siglos, se ha ido asentando en la sabiduría del pueblo. Pero el refranero también puede ser traicionero o ambivalente. Eso sucede con el refrán de “querer es poder”, donde el acento lo ponemos, normalmente, en cómo nuestras solas fuerzas pueden llegar a conseguir aquello que nos proponemos. Pero me gustaría darle una vuelta de tuerca a la expresión y llevarla al campo de nuestra relación con Dios y cómo comprendemos el tremendo y fascinante acontecimiento de la Encarnación. De Dios solemos afirmar que es Todopoderoso, Omnipotente. Que aquello que quiere se realiza. Que su Palabra es eficaz. Pero atrevámonos a decir que, voluntariamente, no siempre es Todopoderoso. “Querer”, en este caso, no significaría “poder”. Es más, “no querer” sería, precisamente, la confirmación de su todo-poder.

Tal vez lo expuesto parece un pequeño juego de palabras. Pero nuestra experiencia nos dice que así es: Dios, siendo Todopoderoso, decide, por su propia voluntad, hacerse pequeño, nada, someterse a nuestras leyes, a nuestra humanidad y mortalidad, experimentar lo que significa tener nuestra carne y latir

con nuestro propio corazón hasta las últimas consecuencias. En palabras del poeta **Dámaso Alonso**: “... se ha complacido limitándose”<sup>3</sup>. Y aquí nos encontramos con una primera sorpresa: la de Dios, que decide “no ser” para que nosotros “seamos”.

Otro poeta, **Antonio Machado**, en uno de sus poemas, decía: “Di, ¿por qué acequia escondida, / agua vienes hasta mí, / manantial de nuestra vida / de donde nunca bebí”<sup>4</sup>. El proyecto de amor que Dios abre en el horizonte de la vida del hombre llega a su momento culminante con la venida del Verbo en la carne. Como verdadero “manantial” de nueva vida, Dios se ofrece al hombre como nunca antes lo había hecho, dando así un último y definitivo paso en el proceso de autocomunicación iniciado con los primeros compases de nuestra historia como humanidad (también la humanidad tendrá que hacer ejercicio de *Recordatio*). El Antiguo Testamento, que tan abundantemente inunda la liturgia en el tiempo de Adviento, se convierte en esa “acequia escondida” machadiana por la que Dios ha ido dándonos muestras de su historia con nosotros y ha ido preparándonos al encuentro definitivo con Él en su Hijo.

El tiempo de Adviento, sin perder el horizonte hacia el que apunta, permite al cristiano hacer experiencia de algunas cualidades de nuestro Dios que, en el fondo, remiten a ese proceso de autocomunicación y kénosis o abajamiento del que hablaba anteriormente: Dios ha querido limitarse y hacerse accesible a nosotros a pesar de su omnipotencia. Y nosotros, hombres y mujeres limitados, hemos comprendido algunos aspectos sobre nuestro Dios.

#### **Nuestro Dios es un Dios volcado radicalmente en el hombre**

El amor de Dios al mundo encontrará su máxima expresión en el cumplimiento de las promesas del Antiguo Testamento: en Cristo se realiza el proyecto de amor, la historia de Amor –con mayúsculas– manifestado por Dios Padre. La Encarnación del Verbo es fruto del ser amoroso de Dios Padre, que expresa así su amor a la humanidad por Él creada en la asunción plena del mismo hombre en Cristo. Dios, que es todo-entrega, se expresa en la entrega de su Hijo. Dios, que es todo-



Corazón, se expresa en el Corazón de su Hijo, la Palabra hecha carne.

Nunca. Nadie. Nada. Nunca se conoció, en la historia, algo semejante. Nadie sería capaz de llegar tan lejos. Nada se quedó para sí. Su Amor, el de Dios, está hecho de entrega radical, de corazón totalmente entregado al hombre, expresado en las palabras de **Juan**: “Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo unigénito” (Jn 3, 16). ¿Podremos callarnos un amor así? ¿Seremos capaces de responder a este amor tan “extremo”? El tiempo de Adviento nos abre la pregunta sobre nuestra propia entrega ante la entrega de Dios, mientras que en Navidad celebraremos el misterio de todo un Dios hecho “casi nada”, radicalmente enamorado... ¿Cómo llevarlo a nuestra vida?

### **Un Dios siempre presente**

Con Dios no hay plasmas posibles. No se esconde detrás de un micrófono, esquivando preguntas incómodas o se oculta tras una bomba informativa que se convierte en una cortina de humo de un signo, de otro o del de más allá. Nuestro mundo –y nosotros como parte de él–, habituado a tratar de escabullir el bulto de la responsabilidad y emperrado en no dar la cara, no comprende que Dios siempre esté ahí. Unas veces silencioso, otras atronador. La mayor parte de las veces como la brisa suave de **Elías** en la montaña, casi

imperceptible, pero constante. Dios es el “siempre-presente”, y ha dado muestras de ello en toda la historia de salvación: estaba en el momento de la expulsión del Paraíso, dispuesto a, con un tremendo gesto de misericordia, vestir a la humanidad desnuda por el pecado y el error (cf. Gn 3, 21). También aparece en el otro extremo de nuestras biblias, en el libro del Apocalipsis, haciendo retumbar su misericordia con la promesa de que ya no habrá noche con Él (cf. Ap 22, 5). Así, la Biblia recoge la continua apuesta por el hombre realizada por Dios. Y mientras, nosotros, racaneando presencia.

### **Un Dios eternamente fiel**

A pesar de nuestra cerrazón y cabezonería. Y Él, el siempre presente, se muestra eternamente fiel, aparece como alguien “de palabra”, sin la mínima duda en su ser-para-el-hombre. Nosotros, pequeños e inconsistentes, sin embargo, nos aferramos al “nada es para siempre” que se ha instaurado poco a poco en nuestra sociedad y que, si bien criticamos, lo llevamos ya tan pegado a nuestros actos que, ante la mínima dificultad, brota en las decisiones que tomamos o en nuestras opiniones. Pero Él, en nuestra infidelidad, se mantiene siempre fiel, esperando que surja en nosotros la respuesta confiada a tanto amor (cf. 2 Tim 2, 13). ¿Dónde queda nuestra “palabra”?

**María abre su corazón  
y permite que Dios  
se haga presente  
en el mundo, pise  
nuestra tierra**

### **Un Dios grandioso en su pequeñez**

Y eso nos cuesta comprenderlo y asumirlo, también, en el día a día como cristianos. No es más grande el que más grita ni el que más poder tiene. No es más el que se encuentra por encima de los otros. En la lógica de Dios, es más el que es menos, el que pierde la vida, el que se deja encontrar, el que confía sin entender y arriesga sin esperar nada a cambio. Si lo hace con su propio Hijo en la Encarnación..., ¿cómo no nos va a pedir a nosotros que, a su ejemplo, busquemos la pequeñez, la sencillez, la no ostentación, la pobreza, la humildad? Sin embargo, nosotros seguimos empeñados en llenar nuestra vida, decorando la superficie de nuestra existencia y ahogando el brillo natural que, bajo esa primera capa artificial que nos ponemos, Dios nos ha otorgado. ¿No será esto lo que **Pablo** pedía a los Efesios en su carta cuando les hablaba de revestirse de la nueva condición humana? (cf. Ef 4, 23-24). Revestirse de la pequeñez de Dios, hacerse pequeño con Él, como la semilla de mostaza, casi imperceptible, puede ser un buen reto para este tiempo de Adviento.

### **Un Dios que es todo Corazón, todo misericordia**

Porque si algo ha quedado claro es que somos destinatarios de la misericordia de Dios. El Corazón de Dios se hace corazón de hombre para enseñarnos a latir, para enseñarnos a amar, para enseñarnos a disfrutar de la vida en su plenitud a través de la irrenunciable misericordia que Él ha profesado y que nosotros, discípulos misioneros, hemos de poner en práctica. La *Recordatio* recomendada permitía darnos cuenta de las flaquezas y debilidades que han inundado nuestros muchos o pocos años de vida. Ante ellas, Dios, el siempre presente y fiel, solo tiene una palabra: su propio Hijo, expresión suprema de su radical misericordia con nosotros.

Dios quiso hacerse vulnerable en su Hijo: la debilidad de un niño recién nacido, a la intemperie y expuesto a nuestras fragilidades, confirma su específica voluntad de dar un paso más en su autocomprensión. Ya no hay vuelta de hoja. Dios es un Dios hecho carne como nosotros. Se ha hecho, en palabras del



## A MÍ ME SUENA EL RUNRÚN DE MI CORAZÓN

jesuita José María Rodríguez Olaizola, “uno de los nuestros”. Y esta íntima unión, que experimentamos cada vez que le comulgamos, que le hacemos “dentro” de nosotros, es una auténtica revolución que puede llevar a revolucionar el mundo: “Jesús se convierte en nuestro compañero de viaje en la Eucaristía, y en la Eucaristía lleva la “fisión nuclear” al corazón más recóndito del ser. Solo esta íntima explosión del bien que vence el mal puede impulsar las demás transformaciones necesarias para cambiar el mundo”<sup>5</sup>. O, en palabras *bergoglianas*, “hacer lío”.

El Adviento, así, no será un simple camino interior: comprender y preguntarse por la imagen de Dios que tengo y cómo se manifiesta en mi vida, para lo que pueden servir las preguntas planteadas anteriormente, lleva irremediabilmente a comprender de diferentes modos nuestro papel como cristianos en la vida cotidiana, donde los testigos de la misericordia de Dios han de hacerse presentes.

### TESTIGOS DEL CORAZÓN MISERICORDIOSO DE DIOS

Muchos son los personajes que aparecerán en el tiempo de Adviento y que aportarán su grano de arena, más o menos significativo, a la hora de poder llegar a comprender cómo es este Dios que sale con premura a nuestro encuentro. De entre ellos, me gustaría resaltar a cinco que, con su vida, son para nosotros testigos de esa misericordia de Dios que supera toda expectativa: Isaías, Juan Bautista, Isabel, José y María.

#### Isaías, el del Corazón exigente de Dios

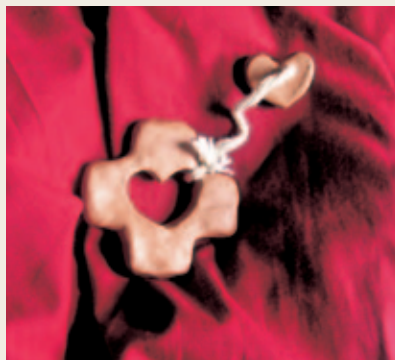
El amor permanente de Dios en la historia, en toda la historia, constituye un proyecto para Israel marcado por el horizonte de la esperanza. Ante el Dios que no abandona a su pueblo, el pueblo, conmovido por esta acción de Dios, se siente llamado a contemplarle, al mismo tiempo que Dios abre para ellos, dentro de ese horizonte de esperanza, un futuro inaudito con la llegada del Mesías. De este modo, la Palabra que se da en la historia del pueblo, que es al mismo tiempo Palabra en la fidelidad y Palabra en la creación, se constituye en

pórtico necesario para la Palabra de esperanza que será el mismo Cristo. Dios, así, *sorprende* al propio pueblo. Y testigos de esta capacidad *sorprendente* de Dios serán los profetas.

Isaías se erige, en la lectura atenta de sus actos, en el profeta de la esperanza anunciada por Dios. Pero una esperanza que, lejos de quedarse en la mirada *empanada* hacia el futuro, exige al hombre un nuevo modo de actuar: ya no sirven las viejas formas y los viejos caminos, que solo conducen a la destrucción y a la ruptura de la alianza (cf. Is 24). El Adviento nos propone acercarnos a Él con la mirada puesta en esta doble dinámica: Dios actuará, sí. Pero es necesaria la conversión, allanar los caminos, pedir con insistencia a Dios que nuestras bajuras se eleven y nuestras soberbias se abajen, para permitir la entrada de Dios-con-nosotros, Emmanuel, en nuestra vida.

Isaías es el hombre del corazón exigente de Dios, capaz de escudriñar el futuro analizando el presente, sin callarse las alegrías de la promesa de su Señor, pero tampoco las injusticias y fallos de la sociedad de su tiempo.

Ser testigos hoy de Dios supone asumir este movimiento en dos tiempos: anunciar la tremenda alegría de un Dios volcado con el hombre y denunciar aquello que impide que todos puedan disfrutar de su presencia en nuestro mundo. La misericordia de Dios ha de hacerse presente también en nuestro anuncio.



**En la lógica divina, es más el que es menos, el que pierde la vida y se deja encontrar**

#### Juan Bautista, el del Corazón inquieto de Dios

El tiempo de Adviento centrará, en un momento determinado, su mirada en Juan, el hombre de los dos Testamentos, la bisagra sobre la que se mueva la nueva comprensión de Dios. Antes de su aparición hemos contemplado la promesa de Dios. Con él, la promesa se hace anuncio inmediato. Podríamos decir que Juan es el testigo del Corazón inquieto de Dios. Como si Dios no aguantara más los tiempos marcados por Él y quisiera alumbrar (casi como si fuera una nueva creación) al mundo con el nacimiento de Jesús.

Las insistencias del Bautista en la conversión profunda, en la confesión de los pecados, en el bautismo y nueva vida ahondan en esta percepción de Dios con un Corazón inquieto, nervioso por dar una nueva oportunidad a la humanidad, esta vez de modo casi insospechado. La dinámica de Juan, además, deja entrever el ansia de Dios por hacer presente su misericordia entre nosotros: convertirse, confesar, nacer de nuevo llevan a nuestra mente a visitar nuestra concepción del propio bautismo y de cómo practicamos el sacramento de la Reconciliación. Sería interesante, por tanto, que, a lo largo del Adviento, pudiéramos renovar interiormente nuestras promesas bautismales y recordar lo que nuestros padres y padrinos quisieron para nosotros. También que revisáramos nuestro modo de acercarnos a la Reconciliación, lugar donde Dios expresa su misericordia de un modo real: “Él es verdaderamente ‘rico en misericordia’ y la extiende en abundancia sobre quienes recurren a Él con corazón sincero”<sup>6</sup>.

#### Isabel, la del Corazón impaciente de Dios

“Porque apenas llegó a mis oídos la voz de tu saludo, saltó de gozo el niño en mi seno” (Lc 1, 44). La escena tuvo que ser de lo más curiosa. Siempre me ha llamado la atención la reacción de Juan en el seno de Isabel. Porque tiene toda la pinta de que entre ellos, el Mesías y el Precursor, ya se había iniciado un diálogo escondido que trasciende la intimidad entre ambos y se expresa, por un lado, en la exaltación y alegría





## En la historia de amor de Dios con Israel, el desierto fue comprendido por muchos como el lugar del noviazgo entre el Señor y su pueblo

incontenida de Isabel y el canto atronador de María, que recoge toda la experiencia del pueblo de Israel y abre una nueva perspectiva para el lector del evangelio de Lucas. A la mudez del marido, sacerdote, “experto” de la Palabra, cuya boca se ha cerrado por la duda, le corresponde paradójicamente el grito de una mujer anciana y embarazada. “Para Dios nada hay imposible” (Lc 1, 37), y más si está impaciente por mostrarnos su amor misericordioso, por dar respuesta a tantos siglos de oración desgarrada y grito profundo del hombre.

Por eso Isabel puede ser vista como la testigo del Corazón impaciente de Dios, que se resiste a callar durante este tiempo de espera y no puede por menos de movilizar a todos los que se encuentran con Él.

Dios también actúa con buena impaciencia en nosotros, está deseando mostrarnos su misericordia y perdón en el Niño recién nacido. En este punto, el Adviento dirige nuestra mirada hacia todo aquello que acalla la voz de este Niño que viene a nosotros y que impide, en nuestro mundo, su voz potente.

**José, el del Corazón que confía**  
Confía. Pero no de palabra. Sí en su actuación. Llama la atención que los evangelios silencien voluntariamente a José y den la palabra, sobre todo, a las mujeres. Como si quisieran invertir los papeles establecidos y descolocar ya, desde las primeras líneas, al creyente. Y es que Dios trastoca todos los planes y proyectos. También nuestra manera de concebir el mundo y su orden.

José calla y confía, y expresa, con su confianza callada, la existencia de esa misma dimensión en Dios: Dios confía en el hombre, y José lo percibe hasta tal punto que realiza lo mismo en su vida.

Estamos acostumbrados al abuso de la palabra y llenamos nuestros discursos con palabras y palabras, la mayor parte del tiempo huecas en sentido y significado, dejando muy poco espacio al silencio. José, curiosamente, silencia su vida para escucharle, para responder a Su voluntad, para confirmar con sus actos que Dios, incomprensiblemente para nosotros, quiere al hombre de un modo totalmente nuevo. Y así nos cuestiona sobre el uso y mercadeo que hacemos de la palabra.

### **María, la del Corazón abierto**

María acoge con fe la Palabra de Dios y en ella se concibe la promesa de Dios: la Misericordia hecha carne entregada. Será la entrega de Jesús la que hará de María mujer de entrega confiada. Así, el *ecce venio*, el “aquí vengo” de Dios, pronunciado en la eternidad y concretado en la historia en la Encarnación se convierte en anuncio inexorable de la fuerza en la debilidad, en expresión del triunfo del Bien sobre el mal, en la apertura total de Dios al hombre. Y el *ecce ancilla* de María, en la muestra de la aceptación de toda la humanidad de este gesto de la Misericordia de Dios.

Por eso María es la mujer testigo del Corazón abierto: porque abre su corazón y permite que el Dios del Corazón abierto y entregado se haga presente en el mundo, pise nuestra misma tierra, experimente la vida con nuestro propio cuerpo. ¿Estamos dispuestos, como María, a dejarnos abrir el corazón?

### **Hombres y mujeres de corazón y del Corazón misericordioso de Dios**

El Adviento nos permitirá, una vez más, acercarnos a estos hombres y mujeres “de corazón”. Lo son porque en ellos descubrimos la riqueza de nuestra propia existencia y la hondura y profundidad a la que podemos llegar nosotros si permitimos que Dios actúe como lo hizo en ellos. Pero son, además, hombres y mujeres “del Corazón” porque expresan en su vida las características del Corazón misericordioso de Dios: exigente, inquieto y deseoso de



dirigirse a nosotros, impaciente por amar, confiado, abierto. Si Isaías muestra en sus palabras exigencia y esperanza, lo hace porque vive en esa misma exigencia de Dios de una vida nueva y en esa misma esperanza autoimpuesta; si Juan anuncia la inminencia del Reino de Dios, es porque Dios se muestra, en él, inquieto, ansioso por estar al lado del hombre de un modo nuevo; si Isabel salta de alegría desbordada, salta porque Dios mismo quiere saltar en nuestro mundo; si José vive en la aceptación callada y confiada de la voluntad de Dios, es porque Dios mismo confía en el hombre (aunque luego nosotros nos empeñemos en llevarle la contraria); si María es la mujer de corazón abierto, lo es porque nuestro Dios vive y viene para abrir su Corazón. Dios no se resiste y completa la profecía de Ezequiel mencionada al inicio: “Les daré un corazón para que me conozcan” (Jer 24, 7).

### “PERMÍTEME QUE INSISTA”

Dios, con todo lo dicho, se muestra insistente y, en cierto modo, “pesado”. Como si nos dijera: “Permíteme que insista... quiero amarte, aunque no termines de entenderlo”.

A los jóvenes, para captar su atención, es necesario descolocarles. A nosotros, dehonianos, siempre nos

ha gustado romper los esquemas con los que funcionan y también los que, como hijos de su tiempo, funcionan en sus vidas. De ahí las campañas que estos años hemos venido realizando en la Delegación de Pastoral Juvenil y Vocacional y la actual Delegación de Pastoral Vocacional<sup>7</sup>. Este año, con motivo del Adviento, queremos poner firma a esa frase que encabeza esta conclusión.

### Notas

1. [www.jovenesdehonianos.org/discoreparado.htm](http://www.jovenesdehonianos.org/discoreparado.htm)  
[www.youtube.com/watch?v=zQGmPaVV7rU](https://www.youtube.com/watch?v=zQGmPaVV7rU)
2. Para el trabajo personal, puede venir bien realizarse preguntas del tipo:
  - ¿Qué acontecimientos han marcado mi vida?
  - ¿Qué personas han estado presentes en esos acontecimientos?
  - ¿Cómo me he sentido?
  - ¿De qué forma Dios ha estado presente? ¿Lo he sentido? ¿No?
  - ¿Qué palabras o qué Palabra me ha permitido ser consciente de lo que me pasaba?
  - ¿Qué aspecto de Él he descubierto?
  - ¿Cómo me ha hablado?
  - ¿Quién me ha hablado de Él?
3. “Dios es inmenso lago sin orilla, / salvo en un punto tierno, / minúsculo, asustado, / donde se ha complacido limitándose: / yo. / YO, límite de Dios, voluntad libre / por su divina voluntad. / Yo, ribera de Dios, junto a sus olas grandes”. D. ALONSO, *Hombre y Dios*, comentario 3º, poema 5º.
4. A. MACHADO, *Galerías*, LIX.
5. BENEDICTO XVI, Audiencia general en el Vaticano con motivo de la XX Jornada Mundial de la Juventud celebrada en Colonia (miércoles, 24 de agosto de 2005).
6. FRANCISCO, Anuncio de la celebración del Jubileo de la Misericordia (13 de marzo de 2015).
7. [www.jovenesdehonianos.org/advientorecursos.htm](http://www.jovenesdehonianos.org/advientorecursos.htm)  
[www.jovenesdehonianos.org/advientocorazon.htm](http://www.jovenesdehonianos.org/advientocorazon.htm)

Si la leen con detenimiento, los más avezados pondrán voz y rostro a la persona que la suele decir en nuestras pantallas. Pero, ¿y si pusiéramos como protagonista a Dios? Las cosas cambiarían bastante. Dios nos busca. Pero no nuestros 15, 10 o 5 puntos del carné de conducir: Dios busca insistentemente hombres y mujeres capaces de abrir el corazón como Él lo hizo. A la luz de la liturgia y la Palabra de Dios, el Adviento nos permitirá acercarnos a esos hombres y mujeres que, antes que nosotros, hicieron de su vida un auténtico latido del Corazón de Dios y se dejaron hablar por el misterio de la mayor entrega que se haya hecho jamás: la de Dios en su hijo Jesús.

Reservar estos días como días para el profundo de contacto con la Palabra, pausar nuestra vida y recuperar el amor perdido (por nuestra parte, no por la de Dios), volver a situar nuestro corazón en la senda de la entrega de Dios serán retos para este Adviento (como para todos). Solo queda dar el impulso necesario a nuestras vidas y lanzarnos a la senda, a la *Via Caritatis* que inaugura el primer domingo y que nos llevará, si la recorremos con intensidad, a experimentar la Misericordia insistente de Dios que vuelve su sorprendida mirada hacia su creación más querida. Y nuestro corazón volverá a runrunear con el runrún del Corazón de Dios.